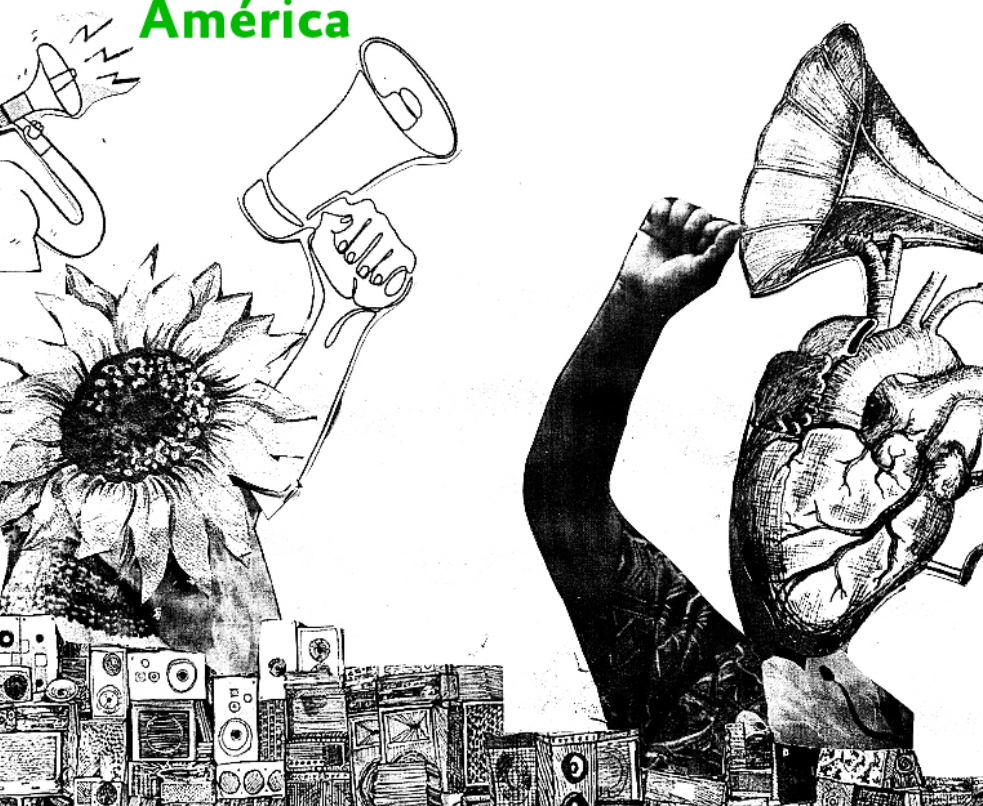


Compilación de
PASCUAL SCARPINO
ORNELLA MARITANO
PAOLA BONAVITTA

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América



Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América

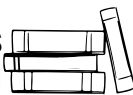
Compilación de

Pascual Scarpino

Ornella Maritano

Paola Bonavitta

Colecciones
del CIFFyH



Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América / Adriana Amparo Guzmán Arroyo... [et al.]; compilación de Paola Bonavitta; Ornella Maritano; Pascual Scarpino; prólogo de Eli Bartra; Mariana Palmero. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1645-0

1. Feminismo. I. Guzmán Arroyo, Adriana Amparo. II. Bonavitta, Paola, comp. III. Maritano, Ornella, comp. IV. Scarpino, Pascual, comp. V. Bartra, Eli, prolog. VI. Palmero, Mariana, prolog. CDD 305.4201

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: *Collage* realizado por María Cecilia Johnson

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Índice

Introducción a una lectura anfibia	15
---	-----------

Prólogo(s)

¿De qué se trata cuando hablamos de investigación feminista? Prólogo por <i>Eli Bartra</i>	19
--	-----------

Donde habita la esperanza Prólogo por <i>Mariana Palmero</i>	25
--	-----------

Capítulo 1: Cuerpos-territorios en Nuestra América

Movimiento feminista: sentidos, cuerpos y Estado por <i>Adriana Amparo Guzmán Arroyo</i>	37
--	-----------

Hay algo en los feminismos que se aburguesó por <i>Ivanna Aguilera</i>	44
--	-----------

Capítulo 2: Ciudadanías, resistencias y movimientos sociales feministas y disidentes **55**

Del margen al centro:
matrimonio civil igualitario en El Salvador
por *Amaral Arévalo* **57**

Movimiento #EleNão:
Las rosas de la resistencia nacen del asfalto
por *Desirée Pires y Amanda Motta Castro* **71**

Espejismo de igualdad: ciudadanía subordinada
de disidentes sexuales y de género en Chile
por *Juan Cornejo* **87**

Armando la alharaca. Comunicación alternativa,
popular y feminista contra la violencia
patriarcal/estatal en Colombia
por *Luisa Fernanda Muñoz-Rodríguez* **106**

Capítulo 3: La universidad como territorio **129**

**La(s) universidad(es) como territorio(s)
de disputas feminista(s)**
por *Andrea A. Benavídez y Valeria B. Gili Diez* **131**

**Ciencias sociales y género en Paraguay y las voces
de los movimientos universitarios feministas**
por *Elba Núñez y Sara López* **148**

Movimientos sociales y universidades:
alianzas y estrategias frente al contexto pandémico
y neoconservador brasileño
por *Jimena de Garay Hernández y Marcio Rodrigo Vale Caetano* **162**

Capítulo 4: Epistemologías de las corporalidades oprimidas **179**

Cuerpos jerarquizados: La colonialidad de la raza, el género y la clase en primera persona
por *Gabriela Bard Wigdor* y *Gabriela Cristina Artazo* **181**

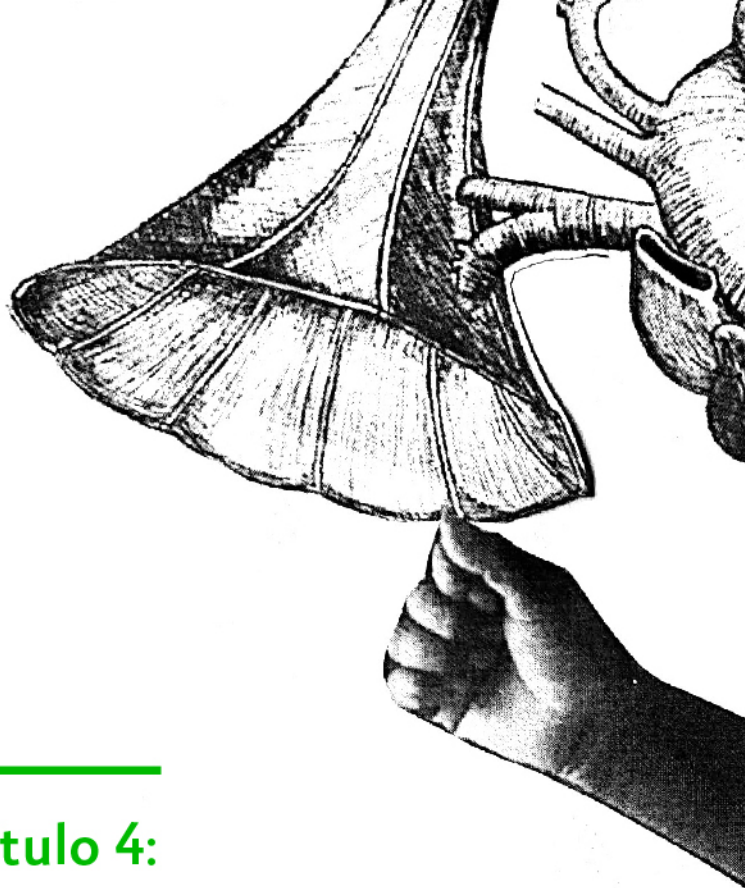
¿Necesitamos de una ética? Interrupciones feministas, decoloniales y sexo-disidentes
por *Sofía Soria*, *Pascual Scarpino*, *Lucía Bertona* y *Exequiel Torres* **200**

Lo epistemológico es político. Del sentido común academicista a lo común sentipensado
por *María Eugenia Hermida* y *Yanina Roldán* **215**

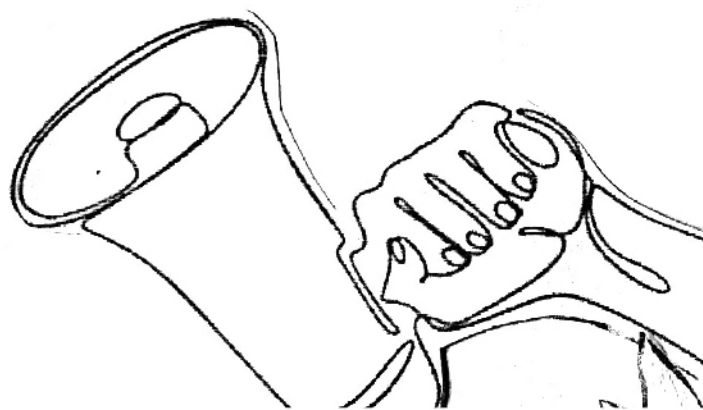
Capítulo 5: Narrativas e imaginaciones feministas en torno a los cuidados **237**

Un par de zapatos rojos por cincuenta pesos. Articulaciones feministas ancladas en la contradicción de la experiencia vida/capital
por *Mariana Alvarado* y *Carla Daniela Rosales* **239**

La intimidad de los cuidados. Una apuesta narrativa desde la epistemología afectiva
por *Cecilia Johnson*, *Cecilia Marotta* y *Paola Bonavitta* **264**



Capítulo 4: Epistemologías de las corporalidades oprimidas





Cuerpos jerarquizados: La colonialidad de la raza, el género y la clase en primera persona

Gabriela Bard Wigdor*
Gabriela Cristina Artazo‡

Introducción

"Lo personal es teórico"

Sara Ahmed

Este diálogo/ensayo surge de la necesidad de compartir teoría, afectos, palabras y argumentos entre las autoras, que contribuyan a comprender las problemáticas del racismo, el clasismo y el sexismo, poniendo en común reflexiones, malestares y sensaciones que como mujeres cisgenero, racializadas, hemos sentido al entrar a *una habitación con colegas o llegar a un lugar* de trabajo o esparcimiento. Es decir, queremos nombrar el peso de las estructuras excluyentes en la vida cotidiana, relatar situaciones de incomodidad corporal que, traducido a un sentimiento conocido, podría sintetizarse como desprecio. Sólo quien experimenta vivir con un cuerpo marcado debido a su clase, género y racialidad, puede percibirlo en su dimensión real, como una prematura enseñanza del lugar que debiera ocupar cada una y de las redes que nos dejaran fuera. Cuando las personas marcadas por las intersecciones de clase, género y racialidad aparecen en los espacios académicos, laborales y familiares, principalmente se las quiere para ser instrumentadas por la blanquitud masculina que tiene el poder.

Contextualicemos las sensaciones que estamos describiendo en este ensayo. Desde la colonización de Nuestra América se ha instalado la raza como marca a través del pigmento de la piel y de ciertos fenotipos asociados al ser afro o indígena, construyendo de esa manera diversas modalidades de integración vía la explotación de la fuerza psíquica/física o, de lo contrario, excluyendo a numerosos sectores sociales del derecho a una

* CONICET- Facultad de Ciencias Sociales.
gabrielabardw@gmail.com

‡ CONICET- Facultad de Ciencias Sociales.
artazogabriela@gmail.com

vida sin violencias. Desde la emergencia de la colonialidad como lógica del ser, del poder y del saber (Quijano, 2001), el racismo es una acción que supone marcar los cuerpos y jerarquizarlos por fenotipo corporal, así como en el caso de nuestro ámbito laboral que es académico, integrar a personas no blancas a través de mecanismos de blanquización y en orden a generar modelos meritocráticos. Es decir, cuando una mujer, persona negra o indígena llega a algún espacio típicamente blanco, se la usa de ejemplo de lo que es ser extraordinaria, fuera de serie o “esforzada”. De esta manera, se convierten en mecanismos de disciplinamiento y de ocultamiento de las desigualdades que viven desde el nacimiento y a lo largo de su trayectoria quienes llegamos a estos espacios a partir de esfuerzos impensados para un varón blanco y cisgénero.

En ese sentido, las élites en Nuestra América fueron y son principalmente blancas, propietarias del poder económico, social e institucional. Heredan ese poder de generación en generación desde la colonización, escenario donde el color de piel comenzó a determinar la posición que ocuparían los diversos sectores en la sociedad y donde se instaló al ciudadano blanco, ilustrado y burgués como norma, fortalecido por el discurso meritocrático del talento personal. No olvidemos que la raza es central para el capitalismo y para la modernidad como paradigma epistémico. En efecto, las naciones heterocapitalistas y patriarcales, se sostienen sobre la originaria conquista de Nuestra América y, desde allí, se habla de mestizaje para negar la violencia originaria (mestizaje mediante violación) que gobierna los cuerpos en dirección al blanqueamiento cultural. De modo que el racismo no es un mero prejuicio individual sino una política estructural e institucional que genera efectos y afectos sociales.

A partir de estas lecturas, el presente ensayo dialogado entre “una mujer blanca y una mujer marrón”, recupera aspectos de la experiencia común de la opresión de género, de ser investigadoras, docentes, madres y latinoamericanas que viven en Córdoba, Argentina, pero que se diferencian debido a su racialización. Mujeres que habitamos los márgenes de la academia frente al centro local que es Buenos Aires y en relación con las universalizantes Europa y EE. UU. Investigadoras que compartimos un feminismo anticolonial y antiracista desde posiciones de subalternidad, asumiendo los privilegios y exclusiones diferentes que cada una experimenta debido a la intersección género-clase-raza.

Hablamos desde las experiencias porque los feminismos nos enseñan que ellas son registros importantes y que las marcas corporales del transitar socio-histórico y emocional que cada una lee a la luz del presente pueden articularse en una resistencia en común. Por tanto, proponemos una escritura corporizada, desde lo cotidiano y con el énfasis en la importancia de problematizar la propia biografía de vida para comprender fenómenos que a veces nos parecen abstractos, pero que están ahí, día a día, conviviendo, lastimando y afectando nuestro cuerpo desde que despertamos. En efecto, desde el debate teórico y los relatos autobiográficos, accedemos a los procesos de subjetivación de las personas en estructuras e instituciones coloniales que son racistas, sexistas y clasistas.

En la academia faltan las personas negras

“Una fantasía de inclusión es una técnica de exclusión”

Sara Ahmed

En la universidad pareciera que las desigualdades de género ya no existieran y que el racismo no es un problema del que se deba hablar. Funcionamos como si los cuerpos fueran iguales y tuvieran las mismas oportunidades, cuando sabemos que llegar a estudiar, sostenerse en el sistema académico y trabajar en él implica mucho más que formación educativa materializada y capitalizada en títulos. Requiere, a su vez, de usufructuar el privilegio de contar con el tiempo necesario para que, como mujeres, negras o marrones, podamos formarnos y, de esa manera, con mayores méritos que el resto de tus colegas varones, poder ocupar el mismo cargo por menos salario. Esto se complejiza si consideramos que otros sectores siquiera acceden a las instituciones, pues son excluidas tempranamente; pensemos en sectores populares, campesinos, indígenas y cuerpos que escapan al binario hombre/mujer.

Como mujeres, en el ámbito laboral vivimos lo que Ahmed (2021) señala como un cúmulo de experiencias de exclusión por sexismos y racismo “cortés o amable”, donde las violencias y discriminaciones son difíciles de localizar porque se niegan desde diferentes mecanismos formales y, más aún, informales. Uno de ellos se expresa cuando se censura hablar de desigualdades de género y raciales en el trabajo, porque se considera que son problemas ya abordados y resueltos. Insistir con que las mujeres tenemos menos oportunidades, mayores obstáculos y peores condiciones laborales

parece un planteo *vintage*, lo que se confronta con la propia experiencia física de vivir en condiciones de opresión debido al género y la raza. Por eso, lo colocamos nuevamente en agenda y sostenemos que ser mujeres es una gran desventaja laboral frente a los varones blancos, quienes son los grandes herederos de los capitales académicos y de las relaciones sociales que garantizan diversos recursos necesarios para permanecer en el campo académico.

Ahmed (2021) argumenta que ser varón blanco permite aproximarse a las normas de la academia sin tanto trabajo, en tanto la sola presencia no desentona con el estereotipo aspiracional de ciudadano. Es decir, jugar las reglas del juego académico podría traducirse como comportarse como un ciudadano blanco e ilustrado, de hecho, ascendemos mientras más nos parecemos a ese modelo impuesto. Ahora pensemos no solo en mujeres sino en personas negras, entonces la trayectoria por las instituciones supone desigualdades de género pero también exclusión y violencias debido al color de piel.

En ese sentido, para sostenerse como “*big names*”¹ al interior del campo académico, existen una serie de capitales que los varones heredan como privilegio y que hacen que cuenten con un sinnúmero de manos que asumen las responsabilidades que ellos no quieren, para que se ocupen “de cosas importantes” y, así, acrecentar el prestigio de su carrera. Son las mujeres quienes gestionan esas tareas consideradas de menor importancia dentro de las instituciones y es sobre quienes se depositan los trabajos peores pagos y de menor reconocimiento. Somos las mujeres quienes sostenemos las relaciones en las instituciones con tareas de cuidado y atención de los colectivos laborales, lo que da nacimiento a la categoría de “trabajo doméstico universitario”, en tanto prácticas feminizadas destinadas a garantizar la permanencia de estudiantes, la gestión de proyectos, actividades de extensión, entre otras.

En ese orden, Heijstra y otras (2019) afirman que las mujeres “se involucran más en construir comunidad dentro de la universidad, participan en mayor tiempo y número en comisiones de distintas materias, grupos de discusión, organizan actividades o destinan más tiempo a la atención de tareas *ad honorem*. Son horas que las mujeres perdemos para investigar, siendo que, como sostienen las autoras (2019), el capital más valioso en la

¹ Expresión coloquial y colonial que designa personas de prestigio en el campo académico, investigadores de renombre o con reconocimiento de la comunidad académica.

academia es el control del tiempo. Por eso, cuanto más poder e influencia tienen las personas, más comportamientos masculinos advertimos: muchas horas de trabajo, competitividad y poca importancia al cuidado de los afectos. Mientras, las mujeres no conseguimos negociar a qué nos vamos a concentrar en las horas dedicadas al empleo y encontramos dificultades para resistir al control de las instituciones.

A pesar de que las cargas en el ámbito laboral y familiar pesan sobre nosotras y las exigencias de acercarse al modelo académico que impone este sistema nos obliga a un sacrificio enorme para sobrevivir, en la mayoría de las ocasiones simulamos que, en la academia, las personas somos iguales. Sin embargo, tempranamente sabemos que ser mujeres tiene consecuencias, que las acciones según tu género son valoradas de modo diferente. Incluso es necesario señalar que las mujeres no somos todas iguales, si bien compartimos una posición feminizada y de opresión patriarcal, ser mujer-negra es una marca que determina con quienes vas a poder relacionarte en el ámbito académico, a cuáles vínculos se puede aspirar y con quienes te vas a rodear.

Como expresa Ahmed (2021), ser mujer negra o marrón se siente como ser extranjera en tu espacio de enseñanza, una mancha negra en medio de la blanquitud arquitectónica y física de las instituciones. Se espera que no estés ahí y, cuando estás, tu cuerpo es un interrogante, un motivo de celebración de falsa inclusión, la excusa para negar el racismo dominante. Ser extranjera es que en la vida cotidiana te juzguen ‘por quién sos, más que por lo que haces’, traducido en frases que escuchamos desde que nacemos como “No hagas eso porque sos mujer, haces eso porque sos negra, si te vestís así sos una groncha²”. Detrás de esos comentarios operan el género y la racialidad haciendo cuerpos subordinados, despreciados o integrados en tanto nos adaptemos a las expectativas sociales que pesan sobre nosotras.

En consecuencia, como las personas negras son las grandes ausentes de las instituciones educativas superiores, tiende a considerarse que el racismo no existe. Al contrario, existe porque es el racismo el que borra a las personas negras de las aulas y los pasillos de las instituciones. Por eso, el racismo y el sexismo son pilares fundamentales del capitalismo hete-

² En Argentina se usa el término “groncha” para definir a alguien como vulgar, ordinario o de mal gusto. En realidad, lo que se está diciendo es que esa persona tiene prácticas o formas de hablar de sectores populares. Es decir, es un comentario clasista y racista.

ropatriarcal, pero disfrazados de temas superados o no relevantes para un país que cree “que bajó de los barcos”³. En efecto, cuando se realizan encuestas y entrevistas sobre el tema, en Argentina, el imaginario compartido refiere a que excluir en razón de la raza está mal, que discriminar a las personas negras no es correcto, pero pareciera que no es extensible a personas inmigrantes de países limítrofes (Paraguay, Bolivia, etc) y menos aún a los sectores populares, quienes son predominantemente negros y de ancestralidad indígena, mestizados compulsivamente desde violencias coloniales (generalmente las personas negras tienen origen indígena en Argentina).

Sobre el tema, se destaca una encuesta de la consultora Tres Punto Zero (2020) en Argentina, donde la mayoría de las personas encuestadas reconocen que existe el racismo, pero nadie se asume como racista. Es decir, la sociedad argentina percibe la discriminación y el racismo como un fenómeno muy grave, pero la ciudadanía no reconoce que se encuentra implicada en esas prácticas de exclusión, ya sea como personas que discriminan o como discriminadas. Asimismo, la encuesta muestra que el racismo es un fenómeno inherente a la clase. El 36,7% de los argentinos cree que esta es la principal forma de discriminación y el 70,6% cree que son “las personas pobres” a quienes se discrimina.

En Córdoba, nuestra provincia, el “negro de mierda” es el joven de gorra o la mujer de sectores populares que materna en soledad porque el progenitor desapareció⁴. En la Argentina, la idea de clase trae de manera implícita al racismo. No es que se los vea negros, sino que se los ve pobres, y en nuestro país el pobre es negro (Vilker, 2020). El “cabecita negra” puede ser el verdulero de Bolivia, la empleada doméstica, la inmigrante de Paraguay o Perú, como estereotipos claros de la cultura argentina. Como dice Shila Vilker a cargo de la coordinación de la encuesta (2020), como fenómeno cultural, el racismo se sostiene sobre la idea de que “el negro siempre es el otro”, anclado en aspectos como la vestimenta, los elementos

³ Expresión popular argentina para describir la constitución de una sociedad “blanca y civilizada” basada en los inmigrantes que llegaron para “poblar la Argentina”. Pretensiones políticas de constituir una pequeña Europa en este continente, tal como pretendía Sarmiento y la generación liberal capitalista del país en el siglo XIX.

⁴ Los medios de comunicación han reificado parte de estos imaginarios y junto con al adjetivo de negra de mierda se le asigna a ella la categoría de luchona y a sus hijes la categoría de producto o objeto que se “tiene” solo para cobrar un plan.

de esa vestimenta como la gorra, el color de la piel, el barrio donde se vive, las formas de hablar y la pobreza.

La cuestión racial se intersecciona de tal manera con la clase que una persona negra puede ser tolerada, más no incluida en las élites de poder a causa de su poder adquisitivo. Decimos tolerada porque nunca va a ser integrada verdaderamente en la clase blanca, lo hemos visto en Argentina con personajes públicos como el jugador de fútbol Carlos Alberto Tévez Martínez, nacido en el barrio Ejército de los Andes, mejor conocido como Fuerte Apache, una de las villas más grandes del Gran Buenos Aires, Argentina. A partir de su éxito como jugador y sus opciones de consumo suntuosas, en los medios de comunicación y redes sociales lo llamaban “negro con plata”, “negro agrandado”, entre otros términos que vienen a demostrar que el blanqueamiento por dinero no termina de modifica la lectura racial, siempre serás “el otro”, ahora a tolerar.

También, podemos detectar racismo en la difusión que tienen los casos de femicidio, gatillo fácil o procesamiento judicial según la persona sea blanca o negra/indígena/pobre. De modo que pueden tener presa durante cinco años a una mujer indígena, militante sin causas confirmadas como es Milagro Sala y no necesitan dar explicaciones, o contar con la indignación social cuando la policía asesina a un joven blanco, pero silencio cuando es un joven de sectores populares. No olvidemos la desaparición de Santiago Maldonado, varón blanco que participaba en la defensa de los derechos del pueblo mapuche sobre sus tierras, la movilización que efectuamos muchos sectores en reclamo de justicia y lo poco que denunciamos el asesinato de Rafael Nahuel, joven mapuche, víctima de represión militar igual que Maldonado, pero indígena. En efecto, las emociones sociales de indignación, repudio y reclamo de justicia se distribuyen desigualmente según el color de la víctima, el género y su clase social. Como sostiene De Sousa Santos (2010), la forma en que el capitalismo gestiona la población según parámetros raciales supone que en “la zona del ser” se administran los conflictos con técnicas de persuasión y a veces con momentos excepcionales de guerra (represión de marchas, gatillo fácil, prisión política, entre otras); mientras que en la zona “del no-ser” tenemos la guerra de modo constante, a través de genocidios, etnicidios, feminicidios y pobreza estructural, con momentos excepcionales de paz.

En consecuencia, las personas negras pueden pasar a la “zona del ser” cuando se blanquean y se integran, ya sea a partir de los ingresos mo-

netarios que perciben y/o los capitales culturales objetivados en títulos que les otorgan estatus. Fanon (2009) sostiene que “entre en el negro y el blanco se traza una línea de mutación, se es blanco como se es rico, como se es bello, como se es inteligente” (p. 71). Desde estas lógicas también se construyen modelos aspiracionales de lo exitoso que se tornan válidos para todos, aunque el estereotipo sea excluyente en tanto se sostiene sobre el varón, blanco, de clase media-alta, ilustrado y sin discapacidad. Estamos ante lo que diversos autores de la Descolonialidad llaman “sociedad de supremacía blanca”.

Sociedad de supremacía blanca: cuerpos racializados como superiores

Aníbal Quijano ha desarrollado el concepto de ‘colonialidad’, según el cual las sociedades retienen o asumen las características de la colonización, incluso cuando han llegado a ser nominalmente independientes (Quijano, 2001). Los colonos blancos de América Latina tomaron la tierra de los pueblos indígenas y se apropiaron de la mano de obra de los esclavos negros que habían importado. Posterior a la llamada independencia de España, Nuestra América se caracterizó por la mirada constante de las elites blancas hacia Europa, sus estilos de vida y consumos, percibido como una política liberal y progresista. El eurocentrismo nació como modo de integrar poblaciones mestizas, así como también para hacerle contrapeso a los grupos indios y negros. El racismo como lógica intrínseca al eurocentrismo sirvió para justificar el incremento de la inmigración y el fomento de más guerras de exterminio sobre el “desierto”. Un desierto poblado de pueblos indígenas que se veían aniquilados.

A partir de la modernidad, se crea una jerarquía global de superioridad de los hombres sobre quienes no son considerados completamente humanos: mujeres, negres, indígenas, niñas. Esta estructura de dominación da origen al racismo como mecanismo de colonialidad del ser, del saber y del poder. Para Fanon (2019) los sujetos blanqueados se sostienen en la línea de lo humano, en la «zona del ser», mientras que aquellos sujetos que viven en el lado inferior de esta línea viven en la zona del no-ser (Fanon, 2010). La colonialidad sujetivó a nuestros pueblos y los organizó en torno a ideas dicotómicas y pensamientos binarios sobre el mundo, según la lógica moderna cartesiana. En el siguiente cuadro explicativo de Robin

Di Angelo (2021) que hemos traducido al español, la autora nos muestra cómo opera el racismo en las personas que nos decimos antirracistas, así como el modo en que el pensamiento moderno/cartesiano y occidental binario, nos permite construir dicotomías que, generando estereotipos, ocultan los múltiples matices, disfraces y prácticas culturales de racismo con que les blancos comprendemos el mundo.

Cuadro “El binario del nuevo racismo”

Racista: male	No racista: bueno
Ignorante	Educado
Fanático	Progresista
Prejuicioso	Mente abierta
Mezquino	Comprensivo
Viejo	Joven
Ignorantes/reaccionarios	Sectores cultos

El cuadro permite visualizar las maneras en que los estereotipos funcionan porque nos son útiles a nuestras prácticas racistas. Los estereotipos hacen que sea sencillo construir “al otro” frente a nosotros e impugna la posibilidad de mirar críticamente.

Figura N° 1. Título: Cuadro “El binario del nuevo racismo”.

Fuente: Elaboración propia.

Si siguiendo con esta lógica binaria de pensar el mundo, las instituciones educativas formatean a las poblaciones y las normalizan bajo el binarismo civilización o barbarie, dando por resultado que, a más de 500 años de colonización, las instituciones formales en la Argentina legalizan formas racistas de exclusión a través de mecanismos varios. Entre ellos, generar escuelas o barrios “de pobres” para negres/marrones, frente a escuelas de prestigio en barrios residenciales y para blancos. El racismo cultural

implica que asociemos escuelas “para pobres” con educación pobre y que experimentemos que esa pobreza puede ser contagiosa en caso de que tomemos contacto. Así, las personas creen que la pobreza podría pegárseles y debido al modo como se encuentra estratificada la sociedad, estudiar en una escuela de sectores populares implica asumir prejuicios sociales, dificultades para acceder a recursos para continuar estudiando y el bloqueo en el acceso a lugares de prestigio académico. Todas esas explicaciones nos hablan de las limitaciones o posibilidades sociales que significan el lugar donde nacimos, la escuela a la que fuimos y las personas con quienes nos rodeamos. Son marcas de clase, raza y género.

Fanon (1961) ya hablaba de esta problemática en los años ‘60, a partir de las luchas de liberación de las colonias frente a Francia e Inglaterra, y explicaba que el racismo es la negación de la humanidad de las personas negras e indígenas, así como la incorporación de ese sesgo racial en las mismas poblaciones afectadas. La epidermización de las estructuras es mirarse con los ojos del poder y responder a esos estereotipos de manera inconsciente. La sociedad de supremacía blanca se apuntala desde ese racismo incorporado, como práctica cotidiana de deshumanizar a grupos sociales en base al color de la piel, el origen de nacimiento, la cultura o la religión. Pero queremos enfatizar en que es una lógica estructural de distribución desigual de acceso a oportunidades, recursos, información, atención y poder en todas las áreas de la vida social.